

Negra sombra

— Me dijo que, cuando vinieras, te diera esto.

Acto seguido, me entrega dos valijas. Para ser más precisa, una valija pequeña y un maletín.

Las llevo a casa. Las dejo sobre mi cama. Las miro. Espero. Sí, las abro. En una de ellas, está el traje que usó en el 15 de mi hermana. En algún momento, me dijeron que era de lo poco que tenía guardado porque, ese día, el de los 15, yo le habría dicho que estaba muy lindo. No lo recuerdo. Además de eso, hay unos papeles. Cierro el maletín.

La otra es un poco más grande y está muy pesada. La abro. Hay varias cosas, libros sobre todo. Empiezo a revisar: un pote con monedas que me daba para el colectivo (estas, claramente, no llegó a dárme las ni llegaré a usarlas nunca), un frasquito con un par de dientes suyos, libros, objetos pequeños. Empiezo a revisar estos. Encuentro un sujetador en el mismo momento en que me llama mi mamá.

—Me dejó dos valijas.

—¿Tienen algo importante?

—Cosas de él. Hay un sujetador dorado. Raro, no lo recuerdo con sujetador.

—Se lo regalé yo —se le entrecorta la voz— en la década del sesenta. Perdón, te llamo más tarde, mejor.

Década del sesenta. Avenida de Mayo, donde comienza la plaza. Un hombre de alrededor de unos treinta años espera sentado. Ella pasa, lo ve desprolijo y sigue de largo. Él la reconoce, aunque haya sido una cita a ciegas, llama a la persona que los contactó para saber si era esa mujer. La espera fuera de una farmacia.

—Creo que usted y yo teníamos una cita —le dice.

Y no se separan hasta muchos años después, en la década del 90, más precisamente en el 96. Tengo 14 años. Mientras en mi casa vamos viviendo el último tramo de este divorcio, el mundo allá afuera está en efervescencia. Se cumplen veinte años del Golpe de Estado. Mi hermana va a la marcha, por primera vez, con una amiga. Aún, yo no entiendo mucho qué pasa. Esa amiga le va recomendando lecturas. Por mi hermana, conozco y leo libros como *La noche de los lápices* y *Recuerdo de la muerte*. Es ella quien me acerca a Sui Generis, a Charly, a León Gieco. Dos meses después, él se va definitivamente de mi casa. Abandono el sujetador dentro de la valija.

Al seguir mirando, entiendo que tiene objetos de cada una de las personas que amó: el broche de sujetador, las fotos de una exposición de pintura, una cadena de 15. Todavía, no

puedo reconocer el libro entre los otros libros. Solo once años más tarde podré ver que, también, hay algo que yo le obsequié. Pero, ahora, no lo veo. Falta un elemento de alguien más. Pero recuerdo que lo tengo yo. Voy a buscarlo. Observo ese monedero repleto de monedas. De pronto, estamos almorzando juntos en su departamento de Avenida Independencia. Lo saca del bolsillo.

—Estas monedas me las dio el Dany al volver de Inglaterra. Estaba muy lindo con su pelo crecido. Tomá, quedátelas.

Llevan algunos años sin hablarse. Se resigna a entregarme para mi colección eso que llevó consigo tanto tiempo, sin saber que verá nuevamente a Dany en breve. Las desparramo sobre la cama. Las miro. 1989, no hay vuelos directos entre Buenos Aires y Londres. Así que viaja en *Aerolíneas Argentinas* hasta Madrid y, desde allí, en *British Airways* hasta Londres. Los pasajes son ida y vuelta con fechas predeterminadas. Ingresa en territorio inglés con su pasaporte argentino, visado por el consulado suizo. Al volver, me regala un gato dormilón, cuyo pijama tiene los colores de Argentina. Trae, además, un catálogo del British Museum y un video donde relatan en inglés el gol de Maradona a Inglaterra en el año 86.

Pongo las monedas entre las otras cosas de sus seres queridos, donde deberían haber estado. Reparo en un atadito con documentos: carnet de Casa de Galicia, registros de conducir, pasaportes. Abro uno. 3 de marzo de 1936, Lugo. Aunque sabemos que nació el 27 de enero de ese año. Todavía, está en el poder el gobierno republicano. Todavía, vive Federico García Lorca. Y tantos otros. No hay torturas, ni fosas, ni desaparecidos, ni niños robados. Años más tarde, cuando todo eso ya está en marcha, él se hace “la rabona” a la muralla romana de Lugo. Muchos años más tarde, en Buenos Aires, al abrir su Facebook, una foto de esa misma muralla será su primera foto de perfil.

Dejo los documentos donde estaban. Tomo la cadenita de los 15. Sé que es algún regalo que le hicieron a mi hermana cuando cumplió esa edad. Le mando un mensaje. Le comento que eso está ahí. “Se la di yo de regalo para que tuviera algo mío. Alguna vez, me comentó que, el día de mis 15, le dijiste que estaba lindo con el traje”. No le digo que lo tengo. Pero lo tengo. De la ropa de él que queda en Buenos Aires, es la única prenda que pidió que estuviera en una de esas valijas. Es decir, me la dejó con intención de hacerlo. Como con el resto. Hay una foto de ese día en que estamos bailando el vals. Yo, muy raro en mí, sonrío. Él tiene su típica sonrisa de medio lado. En ese momento, año 1993, ya habíamos vivido la explosión de la Embajada de Israel, aunque no recuerde mucho sobre eso. Pero, aún, desconocemos lo que sucederá al año siguiente con el atentado a la AMIA. 18 de julio de 1994, estamos esperando a que mi papá llegue de España. Fecha significativa si las hay:

cumple alguien de la familia; pero, además, quienes tenemos algún origen español sabemos que es el día en que Franco perpetró un Golpe de Estado, que derivaría en una larga guerra, muertos, detenciones, fosas y cadáveres. Es lunes por la mañana, mi mamá está trabajando en su mercería en Alsina y Alberti. Mi hermana y yo estamos escuchando FM Hit en la habitación. Anuncian el atentado. Es en Once. Salimos disparadas a buscar el teléfono. Mi mamá está bien, está cerca, pero no tan cerca. Llega mi papá. Deja el equipaje. Empezamos a ver lo que sucede por la tele. Nadie entiende nada. No entendemos nada.

Miro la cadenita. A esta altura, ya estoy pensando en devolverle a cada uno el objeto que lo ligaba a él. Entiendo que por ese motivo me los hizo llegar. La dejo donde estaba. Palpo las tapas de los libros. Las acaricio. Espero un momento. Respiro hondo. Levanto los primeros. Miro los autores. Todos están en gallego. Casi todos son de poesía. Estamos sentados en un sillón. De la mesa ratona, levanta uno que tiene tapas duras. Me lee una poesía.

—Este libro de Curros va a ser mi herencia para vos.

No hace falta que explique más. Es increíble cómo dos personas que se comunican más con las miradas que con las palabras estén tan unidas por un idioma. Un idioma que no hablo, pero al que me acerqué estudiando portugués. Lo busco, pero no está. Ese en específico no está. Hay uno de Pondal, lógico, el poeta que escribió “Os pinos”, el himno gallego. Recuerdo el plato que tiene esa poesía escrita, que colgaba en una pared de mi casa. Todavía lo tiene mi mamá en la suya. “Que din os rumorosos / na costa verdecente, / ao raio transparente / do prácido luar?”.

Abajo está *Sempre en Galiza* de Castelao, la obra más importante del nacionalismo gallego. Y, aunque él no era de izquierda, sí era nacionalista. Lo abro, paso sus hojas. Lo cierro. Acaricio la tapa. Pienso que al autor me lo cruzo seguido, no solo cuando paseo al perro y paso por el Centro Gallego de Buenos Aires, lugar donde falleció; sino, también, en la plazoleta que lleva su nombre frente al centro vasco que frecuento. Sigo acariciando la tapa. Hace una semana, cuando me dijeron que mi papá ya no estaba, llovía irremediablemente. El día se había vuelto gallego. Entonces, vino Castelao a mi memoria a modo de rescate “Están as nubes chorando / por un amor que morreu. / Están as rúas molladas / de tanto como choveu”. Dejo el libro entre los otros, con la promesa de leerlo, aunque no sé si lo conseguiré.

Revuelvo. Encuentro *A esmorga*. No sabía que él lo había leído. Recuerdo que tengo la versión en euskera que me envió desde Donostia un amigo vasco. Antes de hacerlo, me había recomendado ver la película. Tiempo después, me envió el libro. Dejo todo en la valija. Me levanto para ir a la biblioteca. Ahí, está. Miro la contratapa. “(...) 1959an argitaratua

Buenos Airesen (...)”, publicado en el 59 en Buenos Aires por primera vez. En España, las otras lenguas están prohibidas por Franco; así que algunos escritores publican en esta ciudad para poder hacerlo en su lengua materna. 1959, mi mamá llega a esta ciudad con tan solo 15 años, luego de una travesía en el *Cabo San Roque*. Tan solo un mes antes la Revolución Cubana había triunfado. Él llegará tiempo después, un 24 de diciembre. Dejo el libro donde estaba. Regreso a inspeccionar lo que queda.

Está ella. Cómo no iba a estar. Debo de haber oído poemas de Rosalía de Castro mucho antes de aprender a hablar. Sobre todo aquel, con el que aprendí ese concepto tan gallego como el de “morriña”. A veces, cuando sonaba la versión musical, no bien empezaba “Cando penso que te fuches...”, podía verlo de pie, con la mirada fija en un punto que no estaba en el presente, ni tampoco en nuestra casa de Posadas. Era un viaje hacia otro tiempo y otro espacio que duraba un instante. Luego de un rato, decía “me enmorriñé” como si esa acción supusiera un viaje del que se puede regresar y, al hacerlo, sacudirse toda esa sensación con el solo hecho de pronunciar esas dos palabras. Tomo el libro. Busco el poema. Leo las primeras tres estrofas en silencio. La última, quizás enmorriñada, la leo en voz alta. Se la leo: “En todo estás e ti es todo, / pra min i en min mesma moras, / nin me abandonarás nunca, / negra sombra que me asombras”. Cierro el libro, lo dejo donde estaba. Miro todo por última vez. Cierro la valija. Me seco las lágrimas.